

Ensayos sobre Psiquiatría

- **Travestismo: un incierto modo de ser**
- **Introducción**
- **El cuerpo hoy**
- **Referencias**

Travestismo: un incierto modo de ser

Fecha de recepción: 20/01/2013

Fecha de aceptación: 12/02/2013

La autora revisa el origen del término, su significación pasada y las implicaciones actuales en el marco social.

Sodely Páez

spaezd@gmail.com

Miembro Titular de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas y Miembro Titular invitada de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis.

Palabras Claves:Psiquiatría; travestismo

Title

Travestism: an uncertain way of being

Abstract

The author reviews the origin of the term travestism, its meaning since first described and contemporary implications in society.

Key Word

Psychiatry; travestism

Travestismo: un incierto modo de ser

Sodely Páez

Miembro Titular de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas y Miembro Titular invitada de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis.

Introducción

“Pues yo fui, durante un

tiempo, muchacho y

doncella, árbol y pájaro

y pez mudo en el mar.”

Empédocles

Cuenta el mito, que Hermafrodito, hijo de Afrodita y Hermes, fue entregado a las ninfas Néyades para su crianza en el Monte Ida con el propósito de esconder el adulterio de Afrodita. Siendo adolescente, Hermafrodito decidió conocer el mundo y cuando en su aventura se sumergió en un río a nadar, fue sorprendido por la ninfa Salmacis, protectora de la fuente, quien enamorada de inmediato del hermoso joven, intentó obligarlo, sin éxito, a poseerla. En respuesta al rechazo de Hermafrodito, Salmacis imploró ayuda a los dioses quienes la complacieron fundiendo sus cuerpos en uno sólo. En extrema soledad y confusión, Hermafrodito pidió a sus padres que lo ayudaran a encontrar iguales con los que compartir su vida desdichada y éstos, en un acto de piedad hacia su hijo, encantaron el agua del río para que todo aquel que se bañara en él, se

convirtiera en mitad hombre y mitad mujer.

En la antigua Atenas, las personas que nacían con un sexo anatómicamente ambiguo, eran repudiadas y lanzadas al mar; en otras regiones se las ahorcaba, quemaba o enterraba vivas, por lo que se piensa que este mito fue creado con el fin de proteger y reivindicar de algún modo a estas personas. Aristófanes, en *El Banquete*, nos dice que en la antigüedad, la humanidad se dividía en tres géneros: masculino, femenino y andrógino (del griego andros-hombre y gino-mujer). Estos últimos eran redondos, con cuatro brazos, cuatro piernas, dos cabezas, dos órganos sexuales y se mantenían unidos por el vientre. El andrógino, habría nacido del castigo infligido por Zeus a la raza humana por haber osado atentar contra los dioses, más tarde, en un gesto de reparación y curación fueron separados por Apolo. Como herencia de esta unión primigenia, y además condicionado por ella, todo ser está orientado hacia la búsqueda de su mitad faltante. Es con el surgimiento del sentimiento amoroso como finalmente logra volver a la completud original.

Como vemos, el enigma de los géneros y de su origen se desliza a lo largo de la historia y de los tiempos. Los mitos, aquí breve y sucintamente relatados, expresan el horror hacia lo diferente, lo inesperado, lo siniestro diríamos algunos, lo no categorizable dentro las estructuras y normativas imperantes, pero a la vez, son intentos de tolerancia e inclusión al ser nombrados con nombre y estatuto propios, bien sean hermafroditas o andróginos, en una narrativa que los hace existir no sólo semántica sino histórica y socialmente.

La palabra es salvadora y es esta misma palabra la que nos introduce en el mundo simbólico y nos ofrece tanto el soporte como el vehículo para la construcción de nuestra identidad y nuestra constitución como sujetos.

Si Hermafrodito es fruto de una relación ilícita, esto es al margen de la ley, Andrógino lo es del castigo por una violación a la ley. Ambos encarnan el castigo por el desafío a la ley. Pero, ¿de cuál ley hablamos? ¿Quién la impone? Aproximo una respuesta: la ley de Dios, de la semejanza, de “ser todos iguales a los ojos de Dios”, da lo mismo que éste sea en singular que en plural: “Y Dios creó al hombre y a la mujer”. Tanto Hermafrodito como Andrógino merecían ser reparados y “curados”; los mitos cumplen esa función.

La ley es escrita por los discursos dominantes y hegemónicos de aquellos que detentan el poder y deciden y disponen los “imperativos categóricos” de la moral social y el bien común de una sociedad determinada, en un espacio y tiempo también determinados. Toda sociedad hilvana sus propios mitos tanto para explicarse como para sostenerse en el tiempo. Como tributario de estos mitos, el travestismo ha existido siempre: en el antiguo teatro griego, en rituales primitivos, en carnavales de distintas épocas y regiones, en el Kabuki, en las distintas religiones, en batallas, etc. (Son muy conocidas las historias de la Papisa Juana el siglo IX y las de las Santas travestidas de la hagiografía de la Alta Edad Media. Ver “La leyenda Dorada”, texto atribuido a Santiago de la Vorágine.)

El vocablo es usado por primera vez en 1910 por el investigador alemán Magnus Hirschfeld, quien defendía los derechos de los homosexuales y desarrolló la teoría del tercer sexo. Su prefijo anuncia una transgresión, el paso a otro estado, a otro lado, a través de. En un tiempo, era entendido sólo como la práctica de usar atuendos socialmente asignados al sexo contrario, muchas veces justificada para fines artísticos y recreacionales. Surgieron así los travestis de los burlesques como una forma relativamente aceptada por todos para ganarse la vida, aunque no se la concibiera aún como un modo de vivir y asumirse en la vida. En épocas más recientes los *drag-queens* coparon la escena. La hipertrofia o exaltación de los atributos y accesorios femeninos, esa suerte de fetichización, es su característica más resaltante: los modales, el glamour, las mariposas, el brillo, las lentejuelas, las plumas a los que se refieren muchas de las entrevistadas en el video presentado (este escrito surge a partir del Video documental de la serie “Las Viajadas”, en el que se entrevista a hombres travestis de la vida real). Hoy en día, las fronteras se han corrido y el colectivo trans ha crecido con la inclusión de una gran diversidad de géneros: travestis, transexuales, transgéneros, intersexuales. Pero pese a este intento de homologación, basada en la idea de abolir toda clasificación dentro de las viejas categorías que algunos viven y perciben como discriminatorias, otros sectores se resisten a la unificación defendiendo la especificidad de cada una de estas variantes de género. Estos últimos al no sentirse representados por lo masculino o femenino, promueven las iniciales T (trans) o I (intermedio) para ser identificados.

John Money, psicólogo y médico neozelandés, en 1956, estudiando hermafroditas a quienes se les habían practicado correcciones quirúrgicas, introdujo el concepto de género para establecer la diferencia entre el sexo anatómico y la percepción que de sí mismo resultaba de la influencia sociocultural. Encontró que el tipo y calidad de los intercambios con los progenitores durante los primeros tres años de vida, eran decisivos para la institución en el psiquismo del sentimiento íntimo de ser hombre o mujer. Pero no es sino hasta 1964, que el psicoanalista, Robert Stoller⁽¹⁾, estudiando los trastornos de identidad sexual en las personas en las que se observaban ciertas fallas en la asignación sexual, desarrolla este concepto de género para explicar la influencia de las adjudicaciones socioculturales en la adquisición de la identidad masculina o femenina, en

independencia de los genitales biológicamente heredados. Este autor propone una distinción conceptual entre identidad sexual e identidad de género, entendiendo a esta última como una construcción simbólica e imaginaria mediatizada por el desiderátum sociocultural al margen de todo determinismo biológico. Estos hallazgos, sumados a las observaciones clínicas, las actuales diversidades en los modos de acceder y practicar la sexualidad sin correlación directa con la identidad de género, sacuden e interpelan uno de los pilares fundamentales en los que se sostiene la teoría psicoanalítica y que no es otro que el encuentro con la diferencia anatómica de los sexos y sus consecuencias psíquicas. Recordemos a Freud⁽²⁾ “...la diferencia morfológica tiene que exteriorizarse en diversidades del desarrollo psíquico” (p. 185). Lo que en los anales del psicoanálisis se nos proponía con una lógica irrefutable a partir de esta diferencia entre unos cuerpos anatómica y sexualmente inconfundibles, desde la cual se incursionaba en el entramado de deseos y hostilidades, amoroso e identitario, en la actualidad se presentifica como un desafío para seguir investigando y re-visando. Los psicoanalistas estamos llamados a comprender e intentar responder, con una mirada remozada, no menos reflexiva y atemperada, a los distintos emergentes que las mutaciones socio culturales, en el actual contexto histórico-temporal, nos demandan. Los procesos de subjetivación responden a los tiempos en los que se está inserto, por tanto, la edificación de la identidad escapa a explicaciones teóricas o formulaciones conceptuales de enorme vigencia en otras épocas que no son más las nuestras. Cabe preguntarnos ¿cuáles podrían ser los efectos de las nuevas configuraciones sexuales propias de esta era del “espectáculo”, lo “transparente”, “vacío” y “líquido” sobre el psiquismo y el ser?

El cuerpo hoy

Hace ya mucho tiempo que el cuerpo dejó de ser destino, nunca fue causa. Lastimosamente, la velocidad con la que se producen las mutaciones en los ordenamientos sociales, supera nuestra capacidad de asimilación y respuesta, más aun cuando nosotros mismos fuimos construidos en el marco de la bipartición de los sexos y los géneros binarios. Sin embargo, no por ello debemos claudicar en nuestro intento de apertura y análisis, con el carácter siempre conjetural que nos ha definido a los analistas. En tal sentido, Emilce Dio Bleichmar⁽³⁾ apuesta por la desmitificación del valor atribuido a la diferencia sexual como condición determinante para el establecimiento del sujeto psíquico no siendo para ella ésto lo esencial y agrega que la organización del psiquismo y del sujeto no se reduce a la sexualidad, aunque ésta sea constitutiva y estructurante

Hoy el cuerpo, en el decir de Silvia Citro⁽⁴⁾, se ha pluralizado, no alcanza como recinto del ser; ha devenido Utopía accesible, más allá de los deseos y elucidaciones foucaultianos. El cuerpo en la actualidad es posible diseñarlo a voluntad, a la carta, en clara correspondencia con una marcada disyunción mente-cuerpo que reedita las viejas premisas de la modernidad, superadas entre otros por Freud, cuando afirmaba que el yo es primero un yo corporal y Merleau-Ponty⁽⁵⁾ cuando sostenía que toda experiencia en el mundo pasa por el cuerpo, incluso antes de la adquisición del lenguaje.

Los discursos imperantes de la cultura modelan la ética de los individuos, el uso e imagen que de sus cuerpos se constelizan, sus elecciones de objeto, los procesos identitarios de género y su deseo sexual. Es un saber por todos compartido, que la sexualidad humana está atravesada histórica y socialmente por el lenguaje, por la palabra, pero según Françoise Heritier⁽⁶⁾ (1996), antropóloga heredera y continuadora del pensamiento de Lévi-Strauss, se requerirían muchas generaciones para que los efectos de las transformaciones culturales en la subjetividad logren manifestarse y éstas puedan generar verdaderos cambios psíquicos. Esta misma autora establece una interesante diferencia entre los sexos en función de la capacidad de fecundación, pre figurada por Freud, que sin embargo hoy en día podría ser puesta en entredicho por intermedio de la tecno medicina y la bio-ética, que no nos extrañe muy pronto faciliten la creación de óvulos y embarazos masculinos.

De modo que, estas nuevas presentaciones y categorías que intentan borrar toda diferencia dicotómica, dualista, de los sexos y superarla, nos exigen un modelo comprensivo y explicativo que se aleje de toda propensión a la clasificación y tematización dentro de esas clásicas categorías y parámetros. Freud mismo en su artículo sobre “La Femenidad”⁽⁷⁾ y en un pie de página de 1915 agregado a “Tres ensayos...”⁽⁸⁾ sostuvo que femenino y masculino eran categorías inciertas para pensar la sexualidad, y que éstas debían descomponerse en tres direcciones: activo y pasivo, biológico o socio-cultural, subrayando que la identidad no respondía a determinismos biológicos y anatómicos, entendiendo por biológico aquello no sujeto a la conformación anatómica sino a la producción genésica: óvulos o espermatozoides. Un adelantado en estas premisas recogidas y expuestas más recientemente por Heritier.⁽⁶⁾

Antes de nacer, el infans ya porta la carga proyectiva y deseante de sus progenitores; en sus

primeros intercambios, el yo del otro que actúa como portavoz, como nos dice Aulagnier⁽⁹⁾, la identidad secreta del yo del otro como señala Sami-Ali⁽¹⁰⁾, inciden sobre su cuerpo y delimitan la construcción paulatina de su subjetividad, mucho antes del encuentro con la diferencia anatómica de los sexos y el pasaje edípico. Las inscripciones tempranas en el psiquismo de estas primeras experiencias, ocurren a través del cuerpo. El sujeto vive el mundo a través de su cuerpo y este cuerpo, como lo apuntaba yo misma en un trabajo anterior⁽¹¹⁾, lleva escrito su historia privada, con una narrativa propia y singular, en una zona de intersección con lo universal y general.

Siendo así, podríamos suponer que las fallas en las investiduras libidinales que recaen sobre el cuerpo y el ser que lo habita, va a dejar inevitablemente sus huellas. ¿Cuál será el posible desenlace que confusos, ambiguos rasgos de atribución pueden tener sobre el sentimiento de mismidad y sobre la identidad de género? ¿Qué queda de la historia y el cuerpo previos al momento de la asunción de género?

Recordemos que el sentimiento de identidad deviene de una continuidad temporal que anuda una relación entre el Ideal del yo (perspectiva futura) y el Yo ideal (narcisista, instantáneo), por lo que las alteraciones de los primeros tiempos se desplazarían a lo largo de la vida interceptando en cierta forma, el proyecto identificador. No reconocerse en el cuerpo que se habita es expresión de un fenómeno de despersonalización que atestigua la existencia de una falla originaria, tanto de los modelos formadores como narcisistas y de la escena primaria en la que se juegan distintos roles debido a las dificultades en los procesos identificatorios, afirma Sami-Ali⁽¹⁰⁾. Este autor distingue la certeza trans (ser una mujer atrapada en un cuerpo de hombre, por ej.) del “desconcierto identificador” del travesti, en el que se interpreta un rol sin asumir definitivamente una posición dentro de los polos binarios masculino y femenino.

Más allá de toda moda y tendencia epocal, la constitucional disposición bisexual, fundamental en su momento, resulta ahora una hipótesis insuficiente para explicar la evolución de la identidad. Jane Flax⁽¹²⁾ sostiene que hoy es más útil hablar de polisexualidad para entender la diversidad sexual y los distintos modos de relacionarse con el deseo.

En lo concerniente al hombre, Silvia Bleichmar⁽¹³⁾ describe tres tiempos en la constitución sexual masculina:

Primer tiempo: se constituye la identidad de género a partir del reconocimiento de ser niña o niño según las asignaciones culturales, Es una etapa previa al reconocimiento de la diferencia anatómica de los sexos y coexiste con el polimorfismo perverso.

Segundo tiempo: descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos y su aceptación gracias a la investidura del pene en su potencia genital por parte de otro igual con el que se identifica finalmente (se instaura la virilidad, previa mirada valorativa de la madre)

Tercer tiempo: Identificaciones secundarias, ideales.

El travesti, ya sea hombre o mujer, elige en su no elección. Juega, sueña y encarna la ilusión de completud. Se mantiene en un tiempo previo a la definición binaria en independencia de su elección de objeto. El sujeto transexual, operado o no, asume la bipartición y se coloca al lado de la ley de lo femenino y lo masculino.

Desde el 9 de Mayo de 2012, con la aprobación de la nueva Ley de Identidad de Género en la Argentina, todos los ciudadanos mayores de dieciocho años mediante un sencillo trámite, pueden decidir su género y adquirir legalidad. El advenir como sujetos políticos, ampara y defiende a la comunidad travesti y trans de cualquier tipo de discriminación, persecución y maltrato de los que históricamente ha sido víctima. La ley los asiste y sostiene. El mito actual los legitima y “repara”. Sus avatares discurrirán, esperemos, por las vías de todo sujeto del inconciente. Confiemos que el nuevo estatuto obtenido después de tantos años de dura militancia los deje libres para encarar las cotidianas batallas con las que nos enfrentamos todos los seres una vez reconocidos.

Referencias

1. Stoller, R. (1968). *Sexo y Género*. El Desarrollo de la Masculinidad y Femenidad. Londres. H. Karnac (Books) Ltd. 1984.
2. Freud, S. (1.924). El sepultamiento del complejo de Edipo. Vol XIX. *En Obras Completas*. Buenos Aires. Amorrortu Editores, 1979.
3. Bleichmar, S. (2006). *Paradojas de la Sexualidad Masculina*. Paidós

4. Citro, S. (2011). *Cuerpos Plurales*. Antropología de y desde los cuerpos. Buenos Aires. Editorial Biblos.
5. Merleau-Ponty, M. (1945). *Fenomenología de la percepción*. Buenos Aires. Editorial Planeta, 1993.
6. Hérítier, F. (1996). *Masculino/Femenino II*. Disolver la jerarquía. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica, 2007.
7. Freud, S. (1932-1936). La Feminidad. Nuevas Conferencias de introducción al psicoanálisis. Vol XXII. En *Obras Completas*. Buenos Aires. Amorrortu Editores, 1979.
8. Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. La sexualidad infantil. Vol VII. En *Obras Completas*. Buenos Aires. Amorrortu Editores, 1979.
9. Aulagnier, P. (1975). *La violencia de la interpretación*. Del pictograma al enunciado. Buenos Aires. Amorrortu Editores, 2.001.
10. Sami-Ali, M. (1977). *Cuerpo real, cuerpo imaginario*. Para una epistemología psicoanalítica Buenos Aires. Paidós, 1992.
11. Páez, S. (2012). El cuerpo y sus usos en el arte contemporáneo. *Crítica Latinoamericana* 29/10/12.
12. Flax, J. (2004). *El escándalo del deseo: Psicoanálisis y disrupciones de género*. En la Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis. N 15/16. 2011.2012

NOTA: Toda la información que se brinda en este artículo es de carácter investigativo y con fines académicos y de actualización para estudiantes y profesionales de la salud. En ningún caso es de carácter general ni sustituye el asesoramiento de un médico. Ante cualquier duda que pueda tener sobre su estado de salud, consulte con su médico o especialista.